

A 60 AÑOS DE SU FUNDACIÓN, HAY QUE DESMANTELAR LA ONU

La única unión eficaz de Europa que recuerda la historia, la única fruto de conquista eminentemente cultural y no militar, es la que se realizó en el llamado “Medioevo”. Y que fue, según las condiciones de ese momento, una “unión del mundo libre y civil”. Se quebró al inicio de la edad moderna, cuando la Reforma luterana desmembró la síntesis de la Cristiandad romano-germánica dialectizando el elemento “germánico” y el “romano”: nacieron así dos “Cristiandades confesionales”, y después los embriones de la “Cristiandades nacionales”. A partir de ahí, por un proceso de secularización, surgieron a continuación los Estados modernos, absolutos desde el momento en que el pensamiento “laico” sustituyó a la *ratio cristiana*. Pero se generó un contragolpe, abriéndose paso esa espasmódica búsqueda de la “unidad perdida” que ha caracterizado la Modernidad como un continuo movimiento pendular entre nacionalismos e internacionalismos. Se probó primero con el utopismo conquistador del jacobinismo y del napoleonismo – diferentes y complementarios – y fracasó; se probó después el concierto de las naciones nacido del Congreso de Viena y activo hasta la época bismarckiana y fracasó de nuevo; se probó incluso el sueño nacido de la mayor guerra combatida que los nacionalismos hayan sido nunca capaces de desplegar sobre el campo de la historia, la Primera guerra mundial, y también fracasó. En 1917, con el Immanuel Kant de la Paz perpetua entre las naciones como referente, el presidente Thomas Woodrow Wilson lanzó a los Estados Unidos a una campaña militar extranjera que, destruyendo la “tiranía de los Hasburgo” (el último refugio de la idea supranacional de la Europa cristiana del pasado), intentó alcanzar un mundo seguro por la instauración de la democracia a través de lo que se planteó como la “guerra para poner fin a todas las guerras”. En las estipulaciones del Tratado de Versalles – que cerró la guerra mundial y ratificó el nacimiento del peor totalitarismo del siglo XX, el comunismo soviético –, Wilson hizo incluir sus famosos “14 puntos” que deberían haber garantizado el futuro pacífico del mundo.

De la misma raíz nace, en 1919, la Sociedad de Naciones que, fracasando en los decenios siguientes en todos los frentes en los que podía fracasar – in primis no consiguió aquello para lo que estatutariamente había nacido: impedir una nueva guerra mundial –, cedió el paso a su clon adaptado a la nueva posguerra. Así el 8 de abril de 1946, la Sociedad de Naciones transfirió su misión a la Organización de las Naciones Unidas, nacida oficialmente el 25 de junio de 1945. Pero la ONU nació ya muerta. Como escribe Christian Rocca, no es solamente inútil, sino incluso perjudicial. ¿Heterogénesis de los fines? No, tragedia anunciada. No basta entonces con reformarla, hay que abolirla cuanto antes. La ONU, de hecho, como sus predecesores y epígonos, es la transposición a las relaciones internacionales del “imperativo categórico” de la “moral vacía” kantiana sobre la que se basa. Imperativo que, abolidos los principios, edifica una catedral laica sobre “valores” que se da ella misma. Hay que estar unidos porque divididos no se puede estar. Pero, sin principio que fundamente, el valor se justifica sólo *post factum*, al ponerse en obra: de aquí la tautología de una unidad que se rige sólo sobre la postulación de sí misma. El único ejemplo histórico de una Europa unida no sólo por conquista militar sino por una cultura que comparte el fundamento principal funcionó porque nadie pensó nunca en justificarla. Al contrario, la catedral laica del internacionalismo contemporáneo (a la que pertenece, además de la ONU, también la Unión Europea parricida) no ha funcionado nunca porque ha pretendido dejar de lado un principio en que fundarse justificándose exclusivamente en base a sus “productos”, los valores intercambiables, que son por definición móviles. Para Rocca hay que cerrar cuanto antes la Asamblea General y el Consejo de Seguridad, responsables primeros de la ineficacia estructural de la ONU. Nosotros, a diferencia de Rocca, añadimos sus «agencias, fondos y programas humanitarios que funcionan»: hay que cerrarlos, a toda velocidad, precisamente porque funcionan.

Porque este es el punto clave. Si la Carta de derechos humanos de la ONU no tutela la persona tal como es, sino que es el instrumento para dar fuerza de ley a derechos establecidos en un despacho; si, como escribe acertadamente Rocca, «el elenco de la irrelevancia y de los desastres provocados por la Onu es largo, casi infinito»; si la parálisis de la ONU se inicia en 1948, con la incapacidad de defender su propia resolución sobre el Estado de Israel; si su inoperatividad continuó durante medio siglo en la Europa Oriental – tiranizada por la Unión Soviética que ocupaba uno de los asientos del Consejo de Seguridad –, en Asia – amenazada por la China roja que ocupaba otro de los asientos –, en los genocidios de África – incluido su Cuerno en tiempos de Bill Clinton –, en la ex Yugoslavia de la limpieza étnica; si además nos cuesta cantidades ingentes de dinero que podríamos dedicar a mejores iniciativas, entonces sólo queda concluir que ha llegado el momento de darle sepultura definitiva. Cualquier sustituto que se pueda plantear debe abandonar a Kant. Se necesita un principio, no un valor.

Marco Respinti, Il Domenicale